

de un hotel de paso con sus porteros y sus ruidos irreales. Sin embargo, la crítica interna al acto del poema vuelve a destacarse más que el poema mismo: «Es tan deleznable toda poesía amorosa, / tan llena de ripios, / que no puedo dejar de escribirla» (p. 16).

Por tanto, el lugar común adquiere validez propia, se afirma, pero no va más allá, a otros niveles de comprensión, como en la poesía desprendida del surrealismo o de las vanguardias (caso Nicanor Parra) sino que es lo que es, se hace ciudadano del poema: «Yo enhebro una sarta de lugares comunes» (p. 21), afirma el poeta. Todos los elementos de la poesía de Cobo vuelven a aparecer en este libro y notamos que ya conforman la médula de su poética: recuerdos, ciudad triste y vida gris, ausencias, presencias, y el homenaje siempre abierto a los consumidos en la pasión por las palabras.

Observamos, por último, que la poesía de Cobo es un intento constante de despertar, de conmover el cuerpo estático por la razón, de sacar el poema a la luz directa del sol. Su necesidad de expandir los sentidos es imperiosa y dominante; sin embargo, en esta poesía donde la piel es una constante interna y externa no hay todavía un eros desgarrante, a pesar de los intentos del poeta, no hay una mística de la pasión porque no hay entrega; el poeta no se deja ser un mal poeta, aquél que no conocía el juego del verso, como quería Apollinaire.

Bella y abominable, esta lucha por el poema, por la miel ácida de la poesía, ha movido a los poetas desde siempre: seres en contradicción que afirman la unidad múltiple de ser.

ARMANDO ROMERO

*University of Pittsburgh.*

JOTAMARIO, *Mi reino por este mundo*. Premio Nacional de Poesía 1980. Bogotá: La oveja negra, Golpe de dados, 1980.

Cuando el movimiento nadaísta surge en Colombia en el año 1958, poco era lo que en este país podía considerarse como vanguardia literaria. Los esfuerzos de Luis Vidales en 1926 con la publicación de su libro *Suenan timbres*, los toques y retoques sonoros de León de Greiff a lo largo de su obra, y la voz de los poetas de los grupos «Cuadernícolas» y «Mito», no fueron suficientes para aplacar los deseos de destrucción/construcción que comenzaban a aparecer entre los escritores y poetas colombianos. Deseos e impulsos que no eran muy diferentes a aquellos que habían alimentado a las vanguardias europeas y latinoamericanas.

El Nadaísmo es, pues, el primer grito vanguardista colombiano que tiene cuerpo de grupo y aliento de generación. Sin embargo, llega después del florecimiento de las vanguardias, con su doble cara de novedad y de vejez, de allí su actualidad (va a influir en muchos grupos de vanguardia en la década del sesenta en Argentina, Ecuador, México, Venezuela) y su destemporaneidad (será considerado por mucho tiempo como un remedo grotesco y provinciano de las vanguardias europeas por la inteligencia colombiana).

Jotamario (1940) es uno de los primeros poetas en adherirse al movimiento nadaísta. Proveniente de los barrios obreros de Cali, mezcla de proletariado y clase media baja, este poeta traerá toda la rabia y frustración que la violencia política de 1940 a 1960 había dejado en su generación, y que no se podía traducir más que en un profundo escepticismo frente a los valores de la sociedad colom-

biana. Así, sus primeros intentos de escribir una poesía social, a finales de la década del cincuenta, se ven superados por un descubrimiento y sumergimiento en las prácticas neo-dadas y surrealistas, que de cierto no habían hecho escuela en la literatura colombiana. Pero estos juegos experimentales no le impedirán meter sus versos en los moldes más o menos tradicionales del verso libre, y es desde allí donde empieza a surgir una poesía de calidad siempre ascendente.

Sus poemas, publicados en diarios y revistas de Colombia y otros países latino-americanos, merecen la atención de poetas como Aldo Pellegrini, quien lo incluye en su *Antología de la poesía viva latinoamericana*, Barcelona, 1966; Ernesto Cardenal, con quien sostiene una larga correspondencia, y Juan Sánchez Peláez, entre otros. En 1965 publica su primer libro *El profeta en su casa* donde intentará rescatar todos los elementos que conforman el mundo de su infancia y adolescencia. Son poemas escritos con un lenguaje directo, conversacional, donde ya se notan algunos de los elementos preferidos por su hacer poético: las aliteraciones, las paronomasias, los juegos de palabras. Todo esto en un ir y venir de Góngora a Quevedo, de Huidobro a Breton, pero metiendo por en medio su voz muy personal y auténtica. Lastimosamente este libro circuló muy poco por problemas editoriales y no pudo en realidad lograr el reconocimiento crítico que merecía.

Desde ese entonces Jotamario no publicará ningún libro de poemas hasta el volumen que aquí nos ocupa. Su obra continuará circulando en revistas y periódicos, pero poco a poco, a partir del año 1972 cuando se produce la última crisis del movimiento nadaísta y se declara en receso o «hibernación» como él mismo lo señalara, dejará de publicar sus poemas y concentrará sus esfuerzos en rescatar la obra de otros escritores nadaístas y en filtrar de su material poético lo que no le era útil o valioso. De allí saldrá *Mi reino por este mundo* a ganar el Premio Nacional de Poesía en 1980.

Ya desde el mismo título Jotamario nos habla de la inmediatez de su esfuerzo, del agobiante poder de una existencia gastada (quemada) al minuto, desperdiciada en eso que se llama vivir. Sus poemas nos empujan dentro de esa espiral de la vida cotidiana, sin temor a sus prosaísmos e incongruencias. Y aunque el poeta no busca el absurdo por el absurdo mismo, es decir, no trata de poner patas arriba a la realidad, la cercanía a una otra y personal realidad lo lleva al absurdo, donde un humor irónico (a veces corrosivamente negro) dará salida a los seres oscuros que la habitan.

Centrada en el propio yo poético, esta poesía vuelve sus armas contra el narrador-poeta que la vive, actúa y escribe. El poeta hace de su propio ser, con pelos y señales, ficción en la realidad del poema. En ello es confesional e intimista. Veamos su poema «*El profeta en su casa*»: «Vivo en un barrio obrero, en una casa vieja, en pantuflas, / y sobre la misma mesa donde mi padre por las noches / corta los pantalones que ha de entregar al otro día / para que los nueve que somos quepamos en el comedor, / para que el techo no se desplome por las lluvias, / para que en nuestros pies brille el betún de la decencia, / escribo mis poemas herméticos, trastorno la gramática, / me doy en poseer un mundo que no tengo, / leo a Paul Valéry y a Tristan Tzara» (p. 75).

Dentro de este mundo la infancia estará siempre presente con sus ídolos y demonios, con sus olores y sus dolores, con esa alegría de una felicidad fugitiva y la creciente agonía de una necesidad de rebelión que tratará de conservar lo esencial, lo immaculado dentro del mundo que se desintegra pero sólo para volver a integrarse, ya sea en el amor, la amistad o la risa cómplice. Es necesario destacar a dos figuras siempre presentes en esta continua danza de caos y orden: el padre

y la madre del poeta. Ellos se plantan en la espina dorsal de su poesía y le dan la solidez humana que necesita para hacerse mayor. Ya entonces no habrá problemas para salir a la calle, para enfrentar al mundo con toda su algarabía. Los valores del afecto paternal le permitirán al poeta ponerle el punto a la jota: «Padre / Con esta mano que me diste / Bendigo el mundo que me diste / Gracias te doy por la obra de tus manos / Y por la obra de tu amor» (p. 80). Y en un poema más adelante afirmará: «Cada día me parezco más al vivo retrato de mi padre / pintado al lápiz / el retrato de cejas más pobladas que han visto pintadas mis ojos / por lápiz de sombra» (p. 83). Identificación que es un rescate profundo, una verdad a puño.

Pero el poeta va a la calle y allí encontrará a la mujer amada, quien dará entrada a Eros con su orquesta melódica. Pero es también el amor circundado y animado desde lo cotidiano. No hay aquí hadas ni musas ni seres mágicos, sino mujeres en carne y hueso que hacen el amor como la comida y pasean sus cuerpos entre cerros y avenidas. Y ya no será la loca Nadja aventándose al infinito sino la loca Simona Coral que quería simplemente ir a Praga. Sin embargo, bien dentro de la tradición del mejor surrealismo, en la poesía de Jotamario la mujer sale ganando a pesar de que, desobedeciendo a la ortodoxia, el poeta brinque de cama en lecho. Y es importante hacer notar también que hay, a nuestro juicio, mucha ternura en esta poesía poblada de tantos personajes contradictorios, de toda una vida citadina en combustión. Pero esta ternura que nos lleva a una pureza esencial no viene de un fácil misticismo a flores abiertas, sino de una lucha entre ángeles y demonios, de la victoria ardiente del amor.

*Mi reino por este mundo* es, sin lugar a dudas, uno de los mejores libros de poesía publicados en los últimos años en América Latina y pronto, de eso estamos seguros, encontrará el eco que merece dentro de la crítica literaria. Juan Gustavo Cobo Borda, jurado en el concurso nacional de poesía otorgado a Jotamario, decía que estos poemas «Llenos de humor, y de piruetas malévolas, no sólo abofeteaban con garbo las dos mejillas empolvadas de la poesía colombiana sino que le permitían, por fin, a Jotamario arrojar sus auténticas granadas de guerra. Autobiografía irónica, erotismo, burla sangrienta, luminosos delirios de grandeza: ellas estallan, ahora, en el pedestre cielo de nuestra patria, todavía tan boba, todavía tan necesitada de esta música irreverente».

ARMANDO ROMERO

University of Pittsburgh.

IGNACIO SOLARES, *El árbol del deseo*. México: Compañía de Ediciones, S. A., 1980.

Supone esta novela corta la obra más reciente del mexicano Ignacio Solares. El escritor tiene en su haber dos novelas anteriores: *Anónimo* y *Puerta del cielo*, un reportaje sobre el alcoholismo titulado *Delirium tremens*, una colección de cuentos bajo el título *El hombre habitado* y una obra de teatro: *El problema es otro*.

Las obras de Solares se apartan de las de los escritores de la generación literaria que Margo Glantz llama «la nueva onda», debido al uso de un lenguaje realista distinto del collage de voces y la «onda musical específica» de la generación anterior.

El estilo realista en *El árbol del deseo*, al igual que en *Anónimo* y *Puerta del cielo*, invita al lector a aceptar los sucesos narrados como verosímiles y carentes